

EL PODER DEL RACISMO

Alberto Adrián

El racismo, como tal, es un producto del mundo moderno. No estoy de acuerdo con la idea de quienes sostienen que el racismo en el Perú proviene de los españoles. Ejemplos: la república india y la república española del siglo XVI. Debemos recordar que los inventores de estos conceptos fueron los franciscanos. Según ellos los españoles estaban corrompidos por el pecado y, por lo tanto, había que crear una república de Dios que sería posible, justamente, gracias a la república de indios, seres casi intocados por la corrupción europea. De algún modo esta idea piadosa de los franciscanos se transformó con el tiempo en su contrario, en la base de la discriminación, de la separación social en estamentos. En ese sentido, yo asocio más bien el concepto de racismo con las ideas de progreso y evolución humana. Si bien todo racismo es discriminatorio, no toda discriminación es racista.

Según esta visión que asocia progreso, evolución y raza, hay un supuesto grupo racial, social o una clase depositarios de ambos procesos, que resume el avance humano. Quiero poner un simple ejemplo: el Dr. John Down, médico inglés de un manicomio en el siglo XIX, describió el síndrome que lleva su nombre, que él mismo designó como mongolismo, atribuyéndolo a una detención en el desarrollo de la «raza caucásica», lo cual la asemejaría a la «gran familia mongol», que él consideraba como el escalón inmediatamente anterior a aquélla. Hay aquí toda una visión racista de la evolución y del progreso humanos que tiene como culminación al hombre blanco. Ahora bien, si uno comparte este esquema de pensamiento, y además una filosofía de la historia que le asigna a ésta un principio y un fin, es posible alimentar ideas de razas puras o de grupos que resumen y concluyen una tarea histórica y racial. Esta propuesta está ausente en el pensamiento español de la época colonial. Para éste, la historia era más bien un terreno de salvación, algo muy distinto a la visión occidental del siglo XIX que da nacimiento al racismo.

Otro tema es el que calificamos de racismo situacional, que alude al problema de la ubicación de los individuos en la escala social y a la percepción que se tiene de éstos. Como sabemos, una misma persona puede ser considerada en la escala social, «blanca» abajo y «chola» arriba. Creo que lo que explica este racismo

situacional, como lo llamo, es la existencia de una sociedad estamental, jerárquicamente estratificada, donde los más pobres son identificados tanto por sus carencias materiales y culturales como por el color de la piel. Es una situación que tiene que ver, antes que con la raza, con los estamentos y con el tipo de estratificación social, que impide una rápida movilidad social ascendente y perpetúa un sistema de dominación. O sea que el punto de ruptura, si uno quiere liquidar ese racismo, consiste en atacar los estamentos y la estratificación jerarquizada. Pienso que ahí está el soporte del racismo. Por eso creo, como han dicho otros, que las ideas liberales y modernas son traicionadas, una y otra vez, por las elites o clases altas. Fernando de Trazegnies habla, a propósito, de la existencia de «aduanas ideológicas» por las cuales tenían que pasar estas ideas cuando entraban al país, y cuyo cometido era convertir a estas ideas liberales, que en otros lugares eran puntiagudas y filudas social y políticamente -puesto que postulaban la igualdad, la libertad y la fraternidad-, en romas e inofensivas. En realidad, estos grupos dominantes terminaron por poner estas ideas, provenientes de la modernización y de la modernidad, al servicio de una sociedad estamental y conservadora. Yo creo que eso es un poco lo que ha pasado en el país: somos modernos en la sala, pero premodernos en la cocina. De ahí que tengamos un liberalismo contrahecho, estamental, conservador, jerárquicamente estratificado y con unas estructuras de poder elitistas realmente alejadas de la población. El racismo situacional es, pues, esta mezcla de estamentos jerárquicos y razas, que hace que los extranjeros se rían o se sorprendan cuando leen o escuchan la frase: «de color modesto», que aparece en un cuento de Julio Ramón Ribeyro. La frase me parece resumir muy bien esta combinación del color de la piel con la condición social. Esta idea de que uno es modesto en un doble sentido de la palabra, por color y por situación social. Sin embargo, quiero advertir que esa llamada doble modestia en realidad esconde una relación de dominación y la condición social de un grupo humano. De ahí que uno de los problemas básicos siga siendo el de la pobreza; la pobreza como condición de vastos y mayoritarios sectores sociales, tema que me parece fundamental y que quisiera abordar en relación al problema de la política. Hanna Arendt, en su libro **Sobre la revolución**, al comparar la revolución francesa con la americana, se refiere a dos cuestiones: la cuestión social y la cuestión política. La segunda tiene que ver con el problema del autogobierno o del gobierno político de una sociedad, y la primera con el problema de la desigualdad, o como la llama Arendt, la cuestión del pan. Y lo que Arendt dice es que en el caso americano, haciendo todo tipo de salvedades, la

revolución se produce en una situación más igualitaria que la francesa. Es decir: los que hacen la revolución americana -por supuesto, descontando a los indios y negros- eran iguales y, por lo tanto, capaces de pensar formas de autogobierno más o menos democráticas. Quien haya leído un poco sobre el debate constitucional americano se da cuenta de que se trata de un debate realmente extraordinario, casi único en la historia de las ideas políticas. En cambio la revolución francesa, al plantearse principalmente el problema de la desigualdad, y por lo tanto del pan, en una sociedad estrictamente estamental, resuelve la cuestión social mediante una dictadura jacobina. La reflexión de Arendt viene a cuento porque el problema en el Perú ha sido siempre la tensión entre la cuestión social y la cuestión política. Haya de la Torre trató de reunir las en su conocida consigna «pan con libertad». La no resolución de la cuestión social ha presionado siempre sobre la cuestión política en el país, impidiendo una reflexión más política sobre la propia política y abriendo las puertas para administrar, o habría que decir manipular, desde el poder la desigualdad y la necesidad de pan. Un ejemplo de político administrando la cuestión social, ha sido el propio Fujimori, que estableció una especie de pacto con los pobres que cumplió relativamente mediante una política asistencialista y clientelar. Es esta ausencia de solución de la cuestión social lo que genera una invasión permanente, en el sentido jacobino, de esa misma cuestión en la política. Y es esta invasión jacobina, asociada casi siempre a una propuesta de solución política de la cuestión social, dispuesta siempre a fundar un orden nuevo, de ruptura total con el pasado, lo que legitima el caudillismo e impide que se establezca una tradición política en el Perú, pese a que nuestra historia es rica en ideas políticas. No hay aquí el concepto de padres fundadores de la patria, no hay tampoco, aparentemente, ni ideas ni un pasado al que uno pueda apelar sistemáticamente para legitimar la acción política presente, como lo hacen los norteamericanos o pueden hacerlo los franceses o ingleses. Aquí la política adquiere casi siempre un tono fundacional y los líderes políticos se convierten rápidamente en caudillos y salvadores; siempre estamos fundando el año cero, como dirían Robespierre o los «**kmers rouges**» en Camboya.

Esto nos lleva a un tema planteado por Carlos Iván Degregori: la manera en que se construye políticamente un “nosotros”, un nuevo sentido de comunidad política. Mi idea es que desde los años 80 este tema está en discusión y disputa. Algunos buscarán construir un nosotros inclusivo, una relación agonista -lo contrario a antagonista-, y otros un nosotros excluyente. En el 90 lo que se

construyó fue un nosotros excluyente, hegemonizado por el fujimorismo, donde el componente social -y muchas veces racial- al que Fujimori apelaba se convirtió en central.

Y ello me lleva a otro tema importante, que es el siguiente: el debate en las ciencias sociales versó en los ochenta sobre si la cuestión política -o, mejor dicho, la democracia- era autónoma respecto a la cuestión social. De la idea que prevaleció en los sesenta y setenta, según la cual la democracia requería de condiciones previas para su realización, algunos intelectuales en los ochenta pasaron a sostener que la democracia no requería de condiciones y que bastaban actores con opciones y cálculos racionales y pactos para producir el hecho democrático, o sea, el régimen democrático. Yo creo que la historia de los últimos diez años nos demuestra que esa afirmación, ahora, es difícil de sostener. Si no se resuelve la cuestión social, es decir el problema de la pobreza y la desigualdad, la democracia será precaria y temporal, o será principalmente una democracia electoral, amenazada por caudillos jacobinos y autoritarios.

Para mí, la conclusión sobre este tema es que la pobreza constituye un atentado a la democracia y a los derechos civiles, políticos y sociales de las personas. Como sostiene Norberto Bobbio, el pobre dispone de menos libertad y derechos que el rico. Si esto es así, la solución del problema de la pobreza y la desigualdad se constituirá en un factor necesario para la emergencia y consolidación de un régimen democrático. ¿En qué sentido? En que éste descansa en la existencia de una diversidad social y una pluralidad política construídas sobre la base de la igualdad ciudadana. Es necesario superar la pobreza, pero también consolidar la institucionalidad y el imperio de la ley para que los ciudadanos dejen de ser objeto de la arbitrariedad del poder.

Quiero concluir insistiendo en que la existencia en el Perú de una sociedad estamental, estratificada jerárquicamente, es un punto central a atacar, más allá del argumento antirracista que me parece válido y fundamental. Por ello, el problema es definir cuáles son los blancos o desafíos que una vez superados permitan construir una sociedad y un régimen democráticos. En buen romance: el blanco, es el poder mismo y su estructura excluyente que nos hace desiguales, incapaces de gozar de nuestra libertad, y, por qué no decirlo, infelices.